

# Neomísticos y nuevos militantes: Breve ensayo de criteriología Sanjuanista

JOSÉ DAMIÁN GAITÁN

## INTRODUCCIÓN

En estos últimos diez años aproximadamente se han ido dibujando dentro y fuera del cristianismo, pero casi siempre en ambientes cristianos, cada vez con contornos más claros, dos modos de existencia y de concebir la vida al parecer contrarios entre sí: el neomístico y el de la nueva militancia. H. Cox fue de los primeros que, casi al final de la década de los sesenta (1969), nos hizo tomar conciencia de esta doble corriente actual, que estaba naciendo, con la publicación de su libro "*Las fiestas de locos*". *Ensayo teológico sobre el talante festivo y la fantasía*, en cuyas páginas a un cierto punto plantea explícitamente el problema de estas dos realidades actuales: la mística y la militante<sup>1</sup>.

Como ante todo fenómeno nuevo que surge en la Iglesia y en el mundo, nuestra actitud debe ser hoy de discernimiento. Lo cual yo intentaré hacer desde la doctrina de un gran maestro de

<sup>1</sup> Madrid, Taurus, 1972, p. 215. En cuanto a místicos y militantes cf. c. 7, pp. 117-137. Cf. también sobre el tema *Movimientos del «despertar religioso»*, en *Concillium*, n. 89, (1973), pp. 309-439 en que se nos habla del resurgimiento religioso y político cristiano actual. En la revista *Comunidades* (suplemento bibliográfico de *Confer*), n. 17, publiqué junto con J. M. Lecea un fichero de materias sobre los artículos que la revista *Concillium* había dedicado en sus años de existencia a los distintos caminos actuales de vivir la experiencia cristiana concreta (*Ficheros de materias*, n. 11, abril-junio 1977, pp. 1-8). Nos da también una panorámica general de la situación actual con sus dos extremos, el neomístico y el neomilitante, J. L. L. ARANGUREN, *Cambios culturales en la juventud con respecto a la religión, en Cambio social y religión en España*, Barcelona, Fontanella, 1975, pp. 165-178.

vida cristiana como es San Juan de la Cruz. Estas páginas, por lo tanto, suponen los estudios que a nivel sociológico se han hecho del tema <sup>2</sup>, y no pretenden ser más que un breve ensayo de criteriología sanjuanista al respecto <sup>3</sup>.

“Breve”, en cuanto que sólo me limitaré a algunos temas, y éstos no desarrollados plenamente hasta sus últimas consecuencias. Tanto San Juan de la Cruz como los fenómenos actuales a los que nos venimos refiriendo constituyen por sí solos un mundo tan rico de aspectos que hacen absurda toda pretensión de una suma total en el breve espacio de un artículo.

“Ensayo”, en cuanto que estas páginas forman parte de esos intentos que desde hace unos años se están haciendo para aproximar, actualizar o dar nuevas aplicaciones a la doctrina sanjuanista; lo más cercanas posibles al hombre y al mundo de hoy, con toda la problemática que éste encierra <sup>4</sup>. La misma palabra “ensayo”, por otra parte, sugiere el tono de provisoriedad que yo quiero dar a mis deducciones y razonamientos en este campo. Mi intención no es otra que la de ofrecer un punto de partida, que deberá ser perfeccionado y completado casi con toda seguridad.

Intentando ofrecer una criteriología desde San Juan de la Cruz no pretendo limitarme sólo a ver las posibles deficiencias, sino que también me propongo descubrir los posibles valores humanos y cristianos que se subrayan. Creo que, no sólo el santo nos dará luz ante estos fenómenos, sino que, a su vez, éstos nos ayudarán a poner de relieve algunas realidades sanjuanistas importantes. Metodológicamente me limitaré a plantear dos temas: I. Cristianismo e Iglesia, y II. Fe, praxis y gratuidad.

Soy consciente de que cuatro siglos separan a San Juan de la Cruz de nosotros; que estamos ante dos mundos distintos, al menos a nivel histórico-temporal o ambiental. Por eso en el san-

<sup>2</sup> Cf. nota 1 y los estudios que desde ese punto de vista se publican en este volumen.

<sup>3</sup> F. URBINA hizo un breve intento de criteriología sanjuanista ante estos fenómenos actuales en su artículo *Movimientos de despertar religioso y discernimiento cristiano de espíritus*, en *Concilium* (1973), n. 89, pp. 363-367.

<sup>4</sup> Cf. F. RUIZ SALVADOR, *Introducción a San Juan de la Cruz*, Madrid, BAC, 1968, p. 684. Del mismo autor cfr. *Revisión de las purificaciones sanjuanistas*, en *Rev. de Espiritualidad*, 31 (1972), pp. 218-230; *Actualité de Jean de la Croix*, Bruges, DDB, 1970, p. 271; *San Juan de la Cruz: diálogo con el mundo de hoy*, en *Rev. de Espiritualidad*, 140-141 (1976), pp. 342-533. Este volumen de la revista ha sido publicado ulteriormente en forma de libro por Editorial de Espiritualidad con el título *San Juan de la Cruz: diálogo y hombre nuevo*, Madrid, 1976.

to, por ejemplo, siguiendo la mentalidad de su época, falta una presencia de lo social tal y como lo entendemos hoy. Sobre todo falta la idea de la militancia social, que es relativamente moderna. Pero creo que su doctrina no debe ser tan lejana a esta realidad, cuando precisamente hoy algunos que se confiesan "militantes" (en el sentido marxista del término), declaran que el marxismo y San Juan de la Cruz se completan mutuamente y que no puede darse uno sin el otro<sup>5</sup>.

Ciertamente, San Juan de la Cruz nos transmite una experiencia que, al menos en su realización concreta y exterior, es místico-contemplativa, pero en el fondo hunde sus raíces en lo que es patrimonio común de todo cristiano: Dios. Ahí es donde él procura llevarnos. Y, como podemos comprender, esta realidad no se puede identificar ni con los nuevos místicos ni con los nuevos militantes actuales, porque es algo que debe estar presente en ambas vivencias y es patrimonio de ambas<sup>6</sup>.

Desde este gran hombre de experiencia de Dios, que es el Doctor místico, vamos a intentar considerar algunos puntos que nos pueden interesar. Sin embargo, dado que lo suyo fue por ambiente social y por vocación, sobre todo lo místico, al menos en principio partiré de ahí, para después ir también buscando los criterios de posible validez universal, que se esconden bajo una problemática mística, pero que son aplicables igualmente a los nuevos militantes. Porque estoy convencido de que la doctrina mística sanjuanista no es más que una aplicación concreta o encarnación particular de las más puras realidades cristianas, válidas universalmente, en cuya vivencia tenemos que coincidir todos y a donde, por encima de todas las formas particulares, el santo procura conducir a sus lectores<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Cf. E. CARDENAL, *La santidad de la revolución*, Salamanca, Sígueme, 1976. En este libro el autor tiene un artículo que titula *Un marxismo con San Juan de la Cruz*, pp. 55-70. Aunque en dicho artículo no hable más que de cómo un cristiano debe vivir el marxismo y prácticamente nada de San Juan de la Cruz, es significativo el título y las dos frases que le dedica (pp. 59-60 y 70). La primera para reafirmar con Garaudy la necesidad de complemento mutuo entre cristianismo y marxismo, entre marxismo y San Juan de la Cruz. Y la segunda para reafirmar su deseo de vivir el marxismo pero con Juan de la Cruz.

<sup>6</sup> A este respecto es interesante el artículo de S. GALILEA, *La liberación como encuentro de la política y de la contemplación*, en *Concilium*, n. 96 (1974) pp.313-327.

<sup>7</sup> Cf. el reciente estudio de M. BALLESTERO, *Juan de la Cruz: De la angustia al olvido*, Barcelona, Península, 1977, p. 265. El autor pretende hacer un análisis de la *Subida* buscando el fondo meramente humano de la doctrina sanjuanista desde una metodología dialéctica (cf. p. 14).

## I. CRISTIANISMO E IGLESIA

Una de las características de las corrientes actuales mencionadas, tanto la neomística como la militante, es la búsqueda de un cristianismo más esencial, más puro, y la repulsa del modo cómo las llamadas "Iglesias oficiales" lo viven. Esto forma parte de la repulsa general ante toda la sociedad actual.

Ambos grupos, por lo tanto, declaran su voluntad de querer ser cristianos, pero no al estilo de las "Iglesias oficiales". Desean un cristianismo en que se vaya al meollo de la cuestión, y nos dejemos de cosas accesorias e intrascendentes, de las que están llenas las "Iglesias oficiales" y que poco a poco las están arrasando a la muerte.

Después, esta especie de "cristianismo verdadero y puro" que buscan, cada una de las dos corrientes lo entiende a su modo: subrayando el aspecto de abandono del mundo materializado, la creatividad religiosa, la experiencia religiosa, aún provocada, o el compromiso terrestre, social y político, lo cual en algunos casos se hace desde una interpretación marxista de la sociedad y de la fe <sup>8</sup>.

Ciertamente. No hay que canonizar ninguna de estas dos corrientes, sin más ni más, porque, como en toda realidad humana, los errores pueden surgir de cualquier rincón y brotar por todas partes <sup>9</sup>. Pero, como mínimo, deben ser para todos los cristianos, que formamos parte de lo que ellos llaman "Iglesias oficiales", una invitación al discernimiento en torno a la vida cristiana.

1. A este respecto es curioso constatar cómo Juan de la Cruz habla más de *vida cristiana* en general que de vida eclesial o eclesiástica, entendida ésta en cuanto organización externa de los creyentes en Cristo, aunque estas cosas sean tan importantes como la jerarquía, los sacramentos... O, mejor, plantea el problema de la Iglesia desde un punto de vista dinámico y vital, de participación en el plan salvífico de Dios sobre la humanidad, al cual debe tender de por sí toda realidad y experiencia eclesial,

<sup>8</sup> Cf. en bibliografía de la nota número 1 lo que se dice particularmente sobre este tema. También cf. *Los grupos informales en la Iglesia*, Salamanca, Sígueme, 1975, p. 298.

<sup>9</sup> Cf. libros 2 y 3 de *Subida*, en los que San Juan de la Cruz nos avisa continuamente de posibles desviaciones que amenazan a la vida cristiana. Cito por la sexta edición de BAC.

si no queremos convertir a la Iglesia en un cuerpo sin vida, en sal insípida, útil sólo para ser pisada por la gente (Mt. 5, 13) <sup>10</sup>.

Todos somos conscientes hoy de que, si no queremos que nuestra jerarquía sea sólo una organización y nuestra liturgia unos puros ritos vacíos, tenemos que hacer de ellos lo que son: medios para la participación de todos los cristianos en los misterios de Dios, a cuya vida hemos sido llamados a participar <sup>11</sup>. Pues bien, Juan de la Cruz nos habla de un cristianismo, de una Iglesia vista desde esta perspectiva.

Para cerciorarse de esto basta leer los estudios que el P. José Vicente Rodríguez hizo hace ya varios años en torno a "*El tema de la Iglesia en San Juan de la Cruz*", y los que el P. Lucinio del Smo. Sacramento (Ruano) hizo allá por los años cuarenta en torno a *La doctrina del Cuerpo místico en San Juan de la Cruz*. Este último trata ya varios temas capitales que después el P. José Vicente Rodríguez recogerá de nuevo en sus trabajos y, a su vez, ampliará <sup>12</sup>.

Contando ya con estos estudios, yo no me voy a poner ahora de nuevo a analizar todo lo que el santo dice sobre la Iglesia, su vida y su estructura. Aquí me limitaré más bien a resaltar algunos aspectos que me interesan en orden al tema que vengo tratando.

Me refiero ahora al primero de los autores mencionados arriba. A través de las páginas de su estudio procura verdaderamente ser exhaustivo y sacarle jugo a todo lo que en Juan de la Cruz pueda hacer referencia al tema de la Iglesia, aunque de ello el santo sólo haya dicho alguna frase y muy de paso. Pues bien,

<sup>10</sup> Compárese la perspectiva sanjuanista con la que nos ofrece el reciente concilio Vaticano II, por ejemplo en los primeros números de la *Lumen Gentium* o el número 2 de la *Dei Verbum*. En este sentido es cosa ya admitida hoy día que el verdadero punto de arranque desde donde se debe ver la doctrina sanjuanista es de las *Romances* y su teología de la salvación.

<sup>11</sup> A este punto hay que tener en cuenta que el santo las pocas veces que se preocupa de los sacramentos es para indicarnos cómo éstos deben ser puerta para adherir al plan de Dios sobre nosotros. La teología sacramental más desarrollada en este sentido es la bautismal, estudiada recientemente por J. CASTELLANO en su artículo *Mística bautismal. Una página de San Juan de la Cruz a la luz de la tradición*, en *Rev. de Espiritualidad*, 140-141 (1976), pp. 465-482. También hay que tener en cuenta al hablar de este tema las críticas que hace San Juan de la Cruz a una liturgia y piedad vacía o hecha para buscarnos más a nosotros mismos que para penetrar en la vida de Dios (cf. 3S., 35-45 y F. RUIZ SALVADOR, *Introducción...*, pp. 151-153).

<sup>12</sup> J. V. DE LA EUCHARISTÍA (RODRÍGUEZ), *El tema de la Iglesia en San Juan de la Cruz*, en *Eph. Carm.*, 17 (1966), pp. 368-404 y 18 (1967), 91-137; LUCINIO DEL SMO. SACRAMENTO (RUANO), *La doctrina del Cuerpo Místico en San Juan de la Cruz*, en *Rev. de Espiritualidad*, 3 (1944) 181-211 y 4 (1945) 215-275.

el mismo autor, ya en la conclusión, nos dice, resumiendo el pensamiento sanjuanista: "Si se me pidiese una definición o descripción de la Iglesia conforme al pensamiento del santo, no dudaríamos en dar la siguiente: *una sociedad o compañía de amor, alianza de amor entre Dios y las criaturas*. Proyectada por Dios, cuya esencia es el amor; realizada únicamente por amor y rescatada por la muerte de amor de Cristo sobre la Cruz, cumple su etapa terrena a la sombra del Espíritu Santo, Amor que une al Padre y al Hijo y a los fieles hace compañeros de la divinidad conglutinándolos entre sí. La presencia viva y operante del Espíritu en el Cuerpo Místico de Cristo realiza progresivamente sus designios amorosos sirviéndose del ministerio de unos hombres para conducir a los otros, no bastando nadie a sí mismo y necesitando cada uno de la ayuda y colaboración de los demás" <sup>13</sup>.

Realmente, a nadie que haya leído a San Juan de la Cruz se le puede escapar el hecho de que su propuesta de cristianismo es básicamente vivencial; pero no sólo porque con sus escritos intenta ayudarnos en el camino de la realización humana, como lo han hecho otros maestros espirituales, no sólo porque proponga al hombre un camino a recorrer, sino, principalmente, porque centra su doctrina en la propuesta de vida que Dios ha hecho al hombre a través de Cristo Jesús. Lejos, pues, de Juan de la Cruz el caer en teorías místicas en torno a Dios, muy propias de una cierta mística, pero ajenas a la revelación. Debe quedar claro que para el doctor místico no existen otros misterios de Dios que los manifestados en Cristo y la vida que a través de El se nos ha dado. Participar de ellos es ser verdaderamente cristianos y ser iglesia <sup>14</sup>. Resultan así verdaderas las palabras que J. Mouroux, en un capítulo de su libro, *Le mystère du temps*, nos dice: "Con los místicos estamos en el corazón del misterio cristiano: el Padre ama a los hombres, el Hijo los rescata, el Espíritu los transforma, de tal manera que son Uno

<sup>13</sup> J. V. DE LA EUCHARISTÍA, *El tema...*, 18 (1967), 136.

<sup>14</sup> Cf. LUIS DE S. JOSÉ, *Concordancias de las obras y escritos de S. Juan de la Cruz*, Burgos, El Monte Carmelo, 1948, ver las palabras *Caminar*, *Camino* y *Camino Espiritual*. Un breve e interesantísimo resumen de las intenciones del santo en sus obras se puede leer en el *Prólogo* a los *Avisos* o *Dichos de Luz y Amor*. Cf. también F. RUIZ SALVADOR, *Introducción...*, sobre todo la cuarta parte en que nos habla de «El Proceso», pp. 475-675 y *Rev. de Spirit.*, 140-141 (1976), 349-482. Una ojeada a 2S.22 y, en general, a *Cántico*, *Llama* y *Romances* puede sernos muy útil para comprender lo que digo en el texto.

con Cristo y con Dios. El místico es *el hombre de esta unidad, vivida en el misterio de Dios, en el punto donde se realiza secretamente la Redención*"<sup>15</sup>.

Esta visión de la vida cristiana no es ni mucho menos anti-eclesial, sino la quintaesencia de la Iglesia y se sitúa en línea con la revelación y con las recientes enseñanzas del Concilio Vaticano II. A mí personalmente me recuerda mucho toda esta visión el núm. 2 de la *Dei Verbum*, en donde se nos habla del designio de Dios de invitar al hombre a participar de su vida como principio y origen de toda la historia de la salvación y, por lo tanto, debemos añadir nosotros, también de la Iglesia<sup>16</sup>.

La Iglesia para Juan de la Cruz es, sobre todo, vida, comunión de amor, participación de la vida que Dios en Cristo ha ofrecido a los hombres. Esta es la verdadera y primera perspectiva de la eclesiología sanjuanista.

2. Pero, contra lo que a primera vista pudiera parecer, el santo no se para en un cristianismo que sea sólo una relación personal con Dios. La Iglesia, en cuanto comunidad de creyentes en Cristo que viven como hemos descrito hasta ahora, no es algo indiferente para Juan de la Cruz. Ella es la Esposa que Dios Padre dio a su Hijo (cfr. *Romances*). Una Esposa con dimensiones tales que abarca, a mi parecer, a toda la humanidad, y que procura embellecer Dios con sus dones. En esta línea es interesante constatar el sentido comunitario-eclesial que el santo da a la santidad y a los dones que Dios hace a los individuos<sup>17</sup>.

La Iglesia es, además, para Juan de la Cruz ambiente normal donde se realiza esta experiencia de vida, que Dios nos ha ofrecido, y son constantes sus invitaciones a vivir de acuerdo con ella sin pretender buscar caminos que se salgan de la sencillez de esta realidad, que llamamos Iglesia<sup>18</sup>. Pero de nuevo hay que decir que éste no es un mero ambiente impersonal, en donde cada uno puede vivir independientemente del otro. Para el santo una de las funciones importantes de la Iglesia es la de ser *comu-*

<sup>15</sup> París, Aubier, 1961, p. 246. El capítulo X del que está tomado el texto citado está todo él dedicado a San Juan de la Cruz (pp. 246-274).

<sup>16</sup> Cfr. notas n.º 10 y 12.

<sup>17</sup> Cf. 3S, 31,7; *Cántico B.*, 29, 2-4; 30,7; 33,8; 26,5.

<sup>18</sup> Cf. 2 S 22,11-19; 27,4; 29,12. En general sobre el tema de la *Iglesia* se puede consultar LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias*. También los artículos citados en la nota 12 y la definición trascrita en el texto con la referencia en nota 13.

nidad de discernimiento y, por lo tanto, lugar donde Dios está presente y se manifiesta. Porque, aunque el Espíritu Santo es el verdadero guía de la comunidad eclesial y de los individuos<sup>19</sup>, éste generalmente se sirve de los demás hombres y de las cosas humanas para manifestárenos, según lo que citábamos antes: "La presencia viva y operante del Espíritu en el Cuerpo Místico de Cristo realiza progresivamente sus designios amorosos sirviéndose del ministerio de unos hombres para conducir a los otros, no bastando nadie a sí mismo y necesitando cada uno de la ayuda y colaboración de los demás"<sup>20</sup>.

En este sentido me parecen muy interesantes las reflexiones de 2S. 22, 7-19. En el n. 11, que a mi entender es el número clave de la segunda parte del capítulo antes citado, nos dice: "así lo quiere Dios, porque en aquellos que se juntan a tratar la verdad se junta El allí para declararla y confirmarla en ellos, fundada sobre razón natural, como dijo que le había de hacer con Moisés y Aarón juntos, siendo en la boca del uno y en la boca del otro. Que por eso también dijo en el Evangelio que *ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum ego in medio eorum*; esto es: Donde estuvieren dos o tres juntos para mirar lo que es más honra y gloria de mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos (Mt. 18, 20); es, a saber, aclarando y confirmando en sus corazones las verdades de Dios. Y es de notar que no dijo: Donde estuviere uno solo, yo estoy allí, sino por lo menos dos; para dar a entender que no quiere Dios que ninguno a solas se crea para sí las cosas que tiene por de Dios, ni se conforme ni afirme en ellas sin la Iglesia o sus ministros, porque con éste solo no estará El aclarándole y confirmándole la verdad en el corazón, así quedará en ella flaco y frío". En los números siguientes el santo pone algunos ejemplos a partir del ministerio apostólico de Pablo y condena todo deseo de querer vivir cada uno por su cuenta, escudados en lo eximio de nuestra experiencia divina o de la misión que se nos ha encomendado en la Iglesia. Aconsejaría al lector que leyese lentamente en esta luz eclesial los párrafos de los que venimos hablando<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Cf. 3S. 31,7; LL. 3-42-46 entre otros. Ver LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias en las palabras Espíritu Divino, Espíritu Santo*.

<sup>20</sup> J. V. DE LA EUCARISTÍA (RODRÍGUEZ), *El tema...*, 18 (1967), p. 136.

<sup>21</sup> A esta luz se puede pensar hoy día que las fórmulas de sumisión doctrinal a la Iglesia, que Juan de la Cruz pone al principio de sus obras son algo más que un mero cumplimiento (1S. Pról. 2; *Cántico B*, Pról. 4; LL. Pról. 1). Desde otro punto de vista, el del que ayuda a discernir los caminos de Dios, son interesantes



A mi parecer a estos textos del santo todavía no se les ha dado la importancia debida a causa del doble contexto en que se hallan enmarcados: el del segundo libro de la *Subida* y el del propio capítulo 22 que contiene afirmaciones tan importantes sobre Jesucristo (cfr. 2S. 22, 1-7).

La deducción que yo saco del texto citado y de los siguientes hasta acabar el capítulo, es que, para que la Iglesia sea de verdad una comunidad de discernimiento donde Dios se manifieste, hace falta por parte de todos una gran docilidad y apertura a la acción de Dios, no queriéndola suplantar por cosas o modos de nuestra cosecha. A mi entender, a esto va dirigida toda la purificación que el santo recomienda, sobre todo en los libros de la *Subida* y de la *Noche*, y también las recomendaciones que hace a los que tienen que iluminar a otros, predicadores, confesores, hombres de Iglesia en general (cf. *Llama* Conc. 3). Salvadas las proporciones, toda esta doctrina ha de ser aplicada a nivel eclesial y no sólo individual. A partir de Juan de la Cruz podemos decir que es de vital importancia, para discernir lo que el Espíritu pide a la Iglesia en cada momento, apartar de nosotros toda mira o actitud no purificada, que esté más en la línea del hombre viciado por el pecado que en la del hombre transformado<sup>22</sup>.

Esto es ser cristiano. Esto es ser Iglesia desde la perspectiva de un místico como Juan de la Cruz.

3. A la luz de toda esta doctrina hoy debemos decir a los neomísticos, preocupados por una experiencia de Iglesia más vital, que su preocupación es justa y tienen que trabajar para que esto sea realidad. Pero deben estar atentos a no desviarse en busca de experiencias exóticas por caminos que no son los de la experiencia cristiana ni los de la vida que Dios nos ha ofrecido en

en el santo todos los textos que hacen referencia a los *Confesores, Maestros espirituales, directores espirituales y predicadores* (cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*), sobre todo en *Llama* 3.

<sup>22</sup> Cf. Vat. II, G. S. 37-39. Después de lo que acabamos de decir en el texto, quizá ahora entienda mejor el lector las notas número 19 y 21 sobre el Espíritu Santo, verdadero guía de la Iglesia, y la necesidad de estar abiertos al Espíritu no sólo los que somos objeto de discernimiento, sino también los que ayudamos a los demás a discernir. Esto forma parte de la visión pneumática de la Iglesia que tiene Juan de la Cruz. Este tema, sin embargo, habría que estudiarlo más detenidamente para no caer en simplificaciones e identificaciones demasiado rápidas con algunas realidades de nuestros días.

Cristo. Esos caminos son rechazados sistemáticamente por San Juan de la Cruz (cfr. 2S.)<sup>22 a</sup>.

De aquí la necesidad del discernimiento comunitario y eclesial válido tanto para los neomísticos como para los neomilitantes. El santo, como hemos visto, no es partidario de aquellos que creen inspirado por Dios o moralmente obligatorio todo lo que les viene a la mente y recalca la necesidad de que todo pase por el tamiz humano, aunque venga de Dios (cfr. 2S, 22, 7-19).

A la luz de la doctrina sanjuanista debemos recordar también a los nuevos militantes, preocupados por la dimensión político-social del cristianismo, que éste sólo tiene sentido a partir de la propuesta de vida que en Cristo Dios ha hecho a los hombres. Su lucha por un mundo mejor nunca debe separarse de esta dimensión, si quieren seguir siendo cristianos. Su lucha para llegar a una Iglesia distinta dentro de un mundo distinto, no tiene que olvidar que el camino para llegar allí pasa por la visión del cristianismo que nos describe Juan de la Cruz; a la que después, desde luego, hay que añadir una serie de concreciones existenciales de actualidad, como la dimensión político-militante del cristiano<sup>23</sup>.

En general, creo que la visión sanjuanista del cristianismo y de la Iglesia nos tiene que hacer pensar a todos. Tanto a los que hoy día están descontentos del llamado cristianismo oficial y se apartan de él buscando otros derroteros, en la nueva mística o en la nueva militancia, como a todos los demás, que, con inquietudes por una renovación de la Iglesia o sin ellas, nos llamamos cristianos.

## II. FE, PRAXIS Y GRATUIDAD

Otro de los puntos que me propongo tratar en este breve ensayo de criteriología sanjuanista es el de la relación entre "fe-praxis-gratuidad". Esta es una cuestión muy importante, porque quizá algunos acusan a los neomísticos de no ser concretos a la hora de la praxis y del compromiso, aunque de por sí la misma

<sup>22 a</sup> La finalidad de estas páginas no aconseja enjuiciar aquí ciertas posturas manifestadas por los neomísticos ante el magisterio sanjuanista precisamente en este tema (Cfr. E. D. O'CONNOR, *La renovación carismática en la Iglesia católica*, México, Lasser Press, 1973, pp. 130, 188-191, 207, 238, 242).

<sup>23</sup> Cf. E. CARDENAL, *La santidad en la revolución...*, pp. 55-70; S. GALILEA, *La liberación...*, pp. 313-327; S. GALILEA, *Espiritualidad liberadora de San Juan de la Cruz, en Vida espiritual*, n. 54 (1977) 82-87.

retirada es ya una actitud concreta; y los militantes pueden ser acusados de no vivir la dimensión de gratuidad, de fiesta tan propia de toda vida realizada en la fe, de toda vida con dimensión trascendente. Pero, sobre todo, porque tanto a unos como a otros hoy se les acusa de evasión de un compromiso verdaderamente cristiano en beneficio de posturas extremas fáciles, o al menos más fáciles de vivir que las actitudes de equilibrio cristiano entre fe y praxis. Esto no quiere decir que no se reconozca que su actitud tiene origen en una falta por parte de los demás cristianos, ni que se canonicen por lo tanto la actitud de los demás, sino que entre todos tenemos que procurar acertar con el verdadero camino cristiano, el de la fe concreta, que nos conduce y abre camino en medio de la vida.

Se señalan dos peligros mortales que amenazarían a las inquietudes sanas tanto de los neomísticos como de los nuevos militantes: la "abstención" y la violencia; es decir la evasión y el endurecimiento en la revolución<sup>24</sup>.

Veamos cómo Juan de la Cruz plantea la relación en la vida cristiana concreta entre estos tres elementos: fe-praxis-gratuidad.

1. De todos es sabido que Juan de la Cruz habla abundantemente de la fe. Pero también de todos es sabido que la fe del doctor místico es sobre todo una actitud de la persona que camina hacia Dios como quien va por una "noche oscura", porque este Dios está por encima de lo que nosotros podamos pensar, sentir, gustar... acerca de él<sup>25</sup>. De aquí la estrecha relación existente entre fe y negación, pero también, como veremos después, entre fe y vida concreta<sup>26</sup>.

Existe una famosa carta del santo que resume en pocas líneas muchos capítulos de sus obras en torno a estos temas de la vida cristiana. Se trata de una respuesta a doña Juana de Pedraza, que, al parecer, estaba un poco desasosegada con ciertas ansias de vida cristiana poco evangélicas (poco sanjuanistas podríamos decir hoy):

<sup>24</sup> Cf. H. COX, *Las fiestas...*, pp. 132-137; S. GALILEA, *La liberación...*, pp. 313-317; J. MÖLTMANN, *El experimento esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 41-42; IDEM, *Dios en la revolución*, en *Los cristianos frente a la revolución*, Barcelona, Laia, 1975, pp. 191-194; J. I. GONZÁLEZ FAUS, *¿Socialismo como espiritualidad?*, en *Iglesia Viva*, 52-53 (1974), 441-452.

<sup>25</sup> Cf. 2S, 4, 2-8.

<sup>26</sup> Cf. J. D. GAITÁN, *El camino de la sabiduría. Dialéctica razón-fe en San Juan de la Cruz*, en *Rev. de Espirit.*, 140-141 (1976), 377-400.

“Quien no quiere otra cosa sino a Dios no anda en tinieblas ni aunque más oscuro y pobre se vea; y quien no anda en presunciones ni gustos propios, ni de Dios ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia ni en eso ni en esotro, no tiene en qué tropezar ni qué tratar. Buena va, déjese y huélguese. ¿Quién es ella para tener cuidado de sí? Buena se pararía. Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde ni tan sujeta, no teniéndose a sí en poco y a todas las cosas del mundo; ni se conocía por tan mala, ni a Dios por tan bueno, ni servía a Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad y entereza como quizá solía.

¿Qué quiere? ¿Qué vida o modo de proceder se pinta ella en esta vida? ¿Qué piensa que es servir a Dios, sino no hacer males, guardando sus mandamientos y andar en sus cosas como pudiéramos? Como esto haya, ¿qué necesidad hay de otras aprehensiones ni otras luces ni jugos de acá o de allá, en que ordinariamente nunca faltan tropiezos y peligros al alma, que con sus entenderes y apetitos se engaña y se embelesa y sus mismas potencias le hacen errar? Y así es gran merced de Dios cuando las oscurece y empobrece el alma, de manera que no pueda errar con ellas. Y como no se yerre, ¿qué hay que acertar, sino ir por el camino llano de la ley de Dios y de la Iglesia, y sólo vivir en fe oscura y verdadera y esperanza cierta y caridad entera, y esperar allá nuestros bienes, viviendo acá como peregrinos, pobres, desterrados, huérfanos, secos, sin camino y sin nada, esperándolo allá todo?<sup>27</sup>

Alégrese y fiése de Dios, que muestras le tiene dadas que puede muy bien, y aun lo debe hacer; y si no, no será mucho que se enoje viéndola andar tan boba, llevándola El por donde más le conviene, y habiéndola puesto en puerto tan seguro<sup>28</sup>.

Como ya dimos a entender en páginas anteriores, el santo no admite un tipo de vida cristiana que identifique la fe, y en general la vida teologal, con deseos de experiencias raras y extraordinarias o sencillamente con meras prácticas piadosas y pietismos<sup>29</sup>. Tampoco hace caso de un tipo de fe más bien externo que produce milagros y obras maravillosas. Es más, toda visión de la fe entendida en ese sentido procura purificarla, porque además de no ser esencial a la vida cristiana nos hace errar el camino<sup>30</sup>.

Para comprobar lo que digo basta ojear los libros 2 y 3 de la *Subida*. Son muy interesantes las reflexiones que hace en el capítulo 7 de 2S. sobre aquellas personas que piensan que la vida

<sup>27</sup> Estas últimas frases del santo pueden dar la impresión que éste evade la realidad presente. En una nota posterior explicaré algo sobre mi pensamiento en torno a este tema.

<sup>28</sup> *Carta* 19.

<sup>29</sup> Cf. 2S 7.

<sup>30</sup> Cf. 3S 31,8-9. En cuanto a errar el camino cf. 2S 4,2 y LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*, en las palabras *Errores y Engaños*.

cristiana se puede ventilar con unas cuantas prácticas de piedad y tener una cierta experiencia de Dios<sup>31</sup>. El santo prácticamente dedica todo el resto del 2S. a quitarnos de la cabeza la idea de un cristianismo en el que la realización personal discurra por caminos de experiencias extraordinarias provocadas, buscadas o tenidas en cuenta más de lo debido. Sería ésta una mística demasiado humana que él no acepta, y trata de ayudar a los hombres de su tiempo para que no se desvíen por esos caminos.

Hace unos años parecía que estas páginas del doctor místico ya no tenían validez en un mundo tecnológico y pragmático, porque tales peligros no se darían ya más. Y mira por donde, con la actual corriente neomística se han vuelto actuales.

En 3S. 35-45 y 1N. 2-7 el santo hace también una labor de discernimiento interesantísima que viene a completar lo que dijimos en torno a 2S. acerca de su modo de concebir la vida cristiana.

En general, el pensamiento del santo se podría resumir más o menos del siguiente modo: estas personas, aunque practiquen un cierto estilo de religiosidad, no llevan una vida cristiana propiamente dicha, porque más que buscar a Dios se buscan a sí mismas, aunque, eso sí, en medio de cosas espirituales<sup>32</sup>. El deseo de la experiencia de Dios es válido, pero, si no queremos errar el camino, hemos de ir en fe<sup>33</sup>. Pero para esto hay que dejar a un lado todo camino fácilón, todo camino que no pase por el misterio cristiano de la cruz, de la renuncia a seguir otros caminos que a primera vista nos podrían parecer buenos y aun de cierto tono religioso, porque Dios no es ninguna de esas cosas. Y si queremos llegar a un sitio donde nunca hemos estado y desconocemos el camino, tenemos que renunciar a los caminos conocidos para adentrarnos por los desconocidos<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Aconseja al lector que se lea muy detenidamente 2S 7,5. Es éste un texto tan clave para entender su pensamiento en torno a la vida cristiana como el citado en la nota 28.

<sup>32</sup> Cf. 2S. 4-6; 7,5; 3S. 38,2; 1N. 6,5.

<sup>33</sup> Diríamos que es la tesis fundamental de 2S. Pero en general en todas sus obras nos habla de este deseo de experiencia de Dios cf. por ejemplo *Cánt. B* 1-12, que es uno de los pasajes en donde más se puede apreciar el deseo, aún imperfecto, de experiencia de Dios.

<sup>34</sup> Muy interesante es la siguiente frase del santo: «para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, más desear los deleites a que se viene por ella es de muchos». *Cánt. B* 36,13. Cf. también 2S. 7; 1N. 7. En cuanto al deber de adentrarnos por caminos desconocidos cf. 1S. 13,11; 2S. 4.

Toda provocación humana de experiencia religiosa que lleva al hombre a estados de ánimo ya ordinarios (sentimientos piadosos respecto a Dios) ya extraordinarios (visiones, revelaciones, éxtasis, etc.) son poco del agrado del santo, quien a su vez en 2S. continuamente nos dice que tampoco son del agrado de Dios, sobre todo los últimos. Si debe darse alguna provocación en este campo debe ser la de la negación de otros caminos de experiencia religiosa que no sean los de la fe<sup>35</sup>.

Esto no obsta para que el santo reconozca la necesidad de ciertas provocaciones de los sentimientos religiosos, por ejemplo a través de la meditación en los principiantes, pero siempre se han de vivir éstas en orden al verdadero camino que es el de la fe<sup>36</sup>.

El mismo Dios hace experimentar al hombre realidades sobrenaturales por caminos distintos que los de la pura fe. El motivo es ayudarle a ir adelante cuando la pura fe parece no ser lo suficientemente estimulante a causa de nuestras limitaciones humanas. Pero, aún en esos casos de experiencia provocada por Dios fuera del camino teológico, nosotros por nuestra parte no debemos salirnos del camino antes indicado. Por parte de Dios se trata de una táctica pedagógica de acercamiento y acomodación a la situación concreta del hombre con intención de llevarle a metas más altas. Los efectos pretendidos por Dios se obran en la persona igualmente, siempre que nos lancemos de nuevo en fe tras ese Dios que se ha dejado atisbar parcialmente en categorías imperfectas, pero más palpables y concretas para nuestra mentalidad que la fe<sup>37</sup>.

Por lo tanto, cualquier otro camino que no sea el de la fe, es un camino ilusorio, una evasión de la verdadera realidad. Podremos llegar por unas vías, que en cristiano no se pueden llamar verdaderamente místicas (= gratuitas), al límite de nuestras posibilidades de experiencia y experimentación, conmoviendo hasta las fibras más íntimas de nuestro ser y descubriendo hasta los

<sup>35</sup> Cf. 2S. 29,6.

<sup>36</sup> Cf. 2S. 13-15. También en 3S. 35-45 habla de los «bienes motivos». El santo procura conducirnos al buen uso de ellos en cuanto a la experiencia cristiana se refiere.

<sup>37</sup> Cf. 1S. 14-15; 2S. 17,1-4 (en general todo el capítulo es una lección en este sentido). También por ejemplo todo el Cántico desde la primera a la última estrofa es una muestra palpable de lo que hemos dicho. Cf. J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz, evangelista y testigo de lo eterno*, en *Rev. de Espirit.*, 32 (1974), 237-238 sobre el «Dios visado», y A. GUERRA, *Ventura y tormento de la esperanza*, en *Rev. de Espirit.*, 140-141 (1976) 419-420 sobre el «Barrunto de Dios».

recobecos más desconocidos del hombre y sus posibilidades, pero no llegaremos a lo que en cristiano se llama propiamente mística, es decir, a la verdadera experiencia del Dios revelado en Cristo <sup>38</sup>. La vida cristiana para Juan de la Cruz no debe ser nunca evasión al mundo de lo extraordinario y psicodélico.

2. Un segundo punto que debemos analizar es el de la relación entre fe y praxis o vida concreta. Este aspecto es interesante porque es uno de los puntos en los que se insiste hoy bastante y está presente de modo especial en la ideología neomilitante. Se dice: la fe debe conducir a una praxis concreta conforme a esa fe. El axioma responde a un aspecto importantísimo de la fe, quizá un poco olvidado en la práctica por parte de los cristianos en general. Pero el problema se agudiza hoy cuando esta práctica se quiere interpretar a la luz de los principios ideológicos del marxismo <sup>39</sup>.

Como es natural, este último problema queda totalmente fuera de la perspectiva histórica de Juan de la Cruz. Pero no por eso su doctrina deja de ser iluminadora a nivel del problema originante de la relación entre fe y praxis.

Comencemos diciendo que para el santo la fe no es sólo adhesión a unas verdades sin más. En su doctrina la fe forma parte del camino y la vida teologal, es decir, de la vida según Dios y del camino que nos lleva a la transformación y unión con él. Ciertamente sería errado pensar que para Juan de la Cruz las virtudes teologales son como tres resortes que purifican la persona a nivel de entendimiento, memoria y voluntad, pero nada más. Si él se preocupa de estas tres potencias no es solamente para tenerlas negadas y purificadas, sino también y principalmente para ayudarnos a ser personas transformadas que vivan no según lo desordenado que existe en el hombre, sino según Dios nos ha pensado y la vocación a la que nos ha llamado, participando de su vida <sup>40</sup>. Me parece bonito ver en el arco de sus obras como un proceso en este sentido: 1S. El hombre debe librarse de una conducta desordenada para vivir según Dios; 2 y 3S. Camino teologal verdadero. Habla de cómo cada una de las tres virtudes

<sup>38</sup> Para hacerse una idea de lo que entiende Juan de la Cruz por *Mística* cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*

<sup>39</sup> Cf. J. L. L. ARANGUREN, *Cambios culturales...*, pp. 170-173; J. MOLTMANN, *Dios en la revolución...*, pp. 178-186.

<sup>40</sup> Cf. *Vat. II*, D.V. 2.

purifica una parte importante de nuestro ser; *Noche, Cántico y Llama* pone en marcha la dinámica de una vida teologal.

Por otra parte es interesante constatar cómo las comparaciones que usa, para hablarnos de lo que es la vida teologal, son eminentemente dinámicas. Así "Noche", "subida", "salir", "camino"<sup>41</sup>.

Por lo tanto, la primera cosa que hay que decir a este respecto es que la vida en fe es algo muy concreto dentro de nuestras existencias personales, que nos empuja a actitudes concretas. El santo desconoce o no se preocupa de una fe que no tenga incidencias sobre la vida y una de las cosas sobre la que más nos habla es sobre la *vida en fe*. Esta es como un calificativo que debe acompañar siempre a la vida y darle una dimensión distinta.

Esta visión dinámica concreta de una existencia permeada por la fe tiene su ulterior complemento en una idea bastante clave a mi entender del santo, según la cual el cristiano, más que experiencias extraordinarias, lo que debe buscar es vivir continuamente de acuerdo con la ley evangélica y las enseñanzas de la fe en sencillez de vida. Recuérdese de nuevo lo dicho en la carta antes citada del santo a Juana de Pedraza<sup>42</sup>.

Que la mentalidad del santo es la de conducirnos a una fe concreta, que lleva por lo tanto a la praxis, se confirma ulteriormente teniendo en cuenta el uso que hace en sus escritos de las palabras "obrar" y "obras"<sup>43</sup>. A partir de un ligero análisis podríamos decir que el santo distingue tres clases de obras y de obrar: lo que Dios hace en las personas y en el mundo; el obrar equivocado del hombre, que es un actuar a destiempo o, también, desordenado; el recto obrar, que es según Dios. En el primero de los dos casos en que se refiere al obrar humano, nos aconseja, cuando usa esta palabra lo que la persona no debe hacer y emplea por lo general la construcción gramatical negativa. Pero en el último de los casos citados usa estas palabras por lo general para indicar una actuación positiva y concreta que la persona debe tener. Y es además interesante constatar cómo en línea con

<sup>41</sup> Cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*, *Caminar, Camino, Noche, Noche oscura*. Los conceptos de «subida» y «salir» no aparecen en dichas *Concordancias* como título aparte.

<sup>42</sup> Cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*, los conceptos siguientes: *ley de Dios, evangelio, mandamientos, preceptos, Iglesia*. También nota núm. 28.

<sup>43</sup> Cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*



la revelación Dios mismo, según el santo, mueve a las personas, que viven la vida teologal, a tener un comportamiento concreto <sup>44</sup>.

Para completar lo dicho hasta aquí voy a citar dos textos del santo que me parecen muy interesantes, porque nos dan como un resumen de lo que venimos diciendo:

“Estos aprendan a no hacer caso sino en fundar la voluntad en amor humilde, y obrar de veras, y padecer imitando al Hijo de Dios en su vida y mortificaciones; que éste es el camino para venir a todo bien espiritual, y no muchos discursos interiores” (2S. 29, 9).

“Que no hagamos caudal de nada de ellas (se refiere al primer género de palabras que el espíritu recogido forma en sí), sino sólo de saber enderezar la voluntad con fortaleza a Dios, obrando con perfección su ley y sus santos consejos, que es la sabiduría de los santos, contentándonos de saber los misterios y verdades con la sencillez y verdad que nos los propone la Iglesia” (2S. 29, 12).

Hemos visto que la fe debe llevar a la praxis, pero a este punto podemos preguntarnos, ¿puede Juan de la Cruz decir algo hoy respecto a una fe que se quiere concretar no sólo a nivel individual sino también social? Es ésta una cuestión delicada, pero creo que el santo también a estos cristianos que sienten tan fuertemente esta dimensión de la fe puede ofrecer más en concreto una serie de criterios.

Podemos encontrar alguna pista partiendo de los capítulos que dedica en 3S. a los bienes morales, por ejemplo. Ciertamente ya desde ahora hay que tener en cuenta dos cosas: por una parte la relación estrecha que pone entre fe y praxis, y por otra que en tiempo del santo el problema de la repercusión social de la fe no se planteaba en los términos que se hace hoy. Dicho esto, creo que podemos encontrar alguna pista partiendo, como ya dijimos, de 3S. 27 que dedica a los bienes morales <sup>45</sup>. Creo que dentro de la búsqueda de esta clase de bienes, según la mentalidad del santo, se debe encuadrar el trabajo por la transformación de la sociedad. En el capítulo antes citado existe un texto que me parece bastante iluminador:

“Pero aunque en esta primera manera se deba gozar el cristiano sobre los bienes morales y buenas obras que temporalmente

<sup>44</sup> Es muy interesante el comentario que en 3S. 2-16 hace, por ejemplo, a Rom. 8,14, en donde se nos dice que los hijos de Dios son movidos por el Espíritu de Dios. En uno de los apartados anteriores del mismo capítulo (3S. 2,10) comenta cómo María no se dejó guiar por otra cosa que por el Espíritu de Dios.

<sup>45</sup> Cf. 3S. 17-29 sobre otros bienes de carácter, diríamos, no-sobrenatural.

hace por cuanto causan los bienes temporales que hemos dicho, no debe parar su gozo en esta primera manera (como hemos dicho de los gentiles, cuyos ojos del alma no trascendían más que lo de esta vida mortal), sino que —pues tiene lumbre de fe, en que espera vida eterna y que sin ésta todo lo de acá y lo de allá no le valdrá nada— sólo y principalmente debe gozarse en la posesión y ejercicio de estos bienes morales en la segunda manera, que es en cuanto haciendo las obras por amor de Dios le adquieren vida eterna” (3S. 27, 4)<sup>46</sup>.

De este texto y, en general, de todo este capítulo se desprende que el santo no sólo da por necesaria la conexión entre fe y praxis, sino que también piensa que toda actividad dirigida a buscar una existencia más digna y más humana, que es lo que él llama búsqueda de los bienes morales, merece una dedicación por parte del hombre, “que no puede el hombre en esta vida poseer cosa mejor. Y así, porque las virtudes por sí mismas merecen ser amadas y estimadas hablando humanamente, bien se puede el hombre gozar de tenerlas en sí y ejercitarlas por lo que en sí son y por lo que de bien humana y temporalmente importan al “hombre”<sup>47</sup>.

No se me oculta que la perspectiva del santo es algo distinta de la nuestra actual. Realmente los textos citados no tienen propiamente una perspectiva social. Como en su tiempo, él consideraba las obras externas sólo como virtudes y como medio para ejercitarse en la virtud. Pero hecha esta reserva a la doctrina sanjuanista al respecto, me parece que puede seguir muy bien en pie el principio de que procurar vivir estos valores, que él llama morales y hoy llamamos sociopolíticos, es algo de gran importancia para la humanidad y positivo en la vida cristiana.

Partiendo de la perspectiva antes indicada (virtudes y obras externas buenas = medios de santificación) el santo nos viene a decir, como en otros casos, que el cristiano no debe pararse en los medios sino trascender siempre y pasar a la relación personal que a su vez se vive concretamente en los medios. Por eso, también como en otras ocasiones, nos habla de la necesidad de una purifi-

<sup>46</sup> Este texto igual que el citado en la nota núm. 27 nos plantea el problema del pensamiento del santo en torno a la «vida eterna». Mi idea es que en San Juan de la Cruz no se debe identificar alegremente «vida eterna» con «vida del más allá o después de la muerte». «Vida eterna» a mi entender es para él «vida de Dios», que comienza a dárseles ya desde esta vida y en la otra se nos dará completamente. cf. LUIS DE SAN JOSÉ, *Concordancias...*: consultar el concepto «Vida eterna».

<sup>47</sup> 3S.27, 2-3. Ambos números son interesantísimos.

cación en este campo, nos habla de la necesidad de no quedarnos estancados y satisfechos en las cosas buenas que hacemos y nos exhorta a que pasemos a su vez a algo que debe importar en nuestras vidas "muy mucho": el entrar en el ámbito del Dios viviente.

Poco antes hablábamos del uso que hace de las palabras "obras" y "obrar". Pues bien. Una de las ocasiones en las que el santo usa estas palabras es para criticar un tipo de vida cristiana cifrada toda ella en hacer cosas olvidándose por decir así de lo que es más importante: de dar el salto y pasar a la relación personal en todo lo que hacemos <sup>48</sup>.

Aunque la perspectiva del santo sea distinta de la nuestra en este campo, creo que nos da una enseñanza clara y válida también para nuestros días, y es que el cristiano no debe vivir la dedicación a estos valores, por muy buenos y provechosos que sean ya de por sí a la humanidad, sin tener en cuenta la dimensión de relación con Dios, como de por sí hacen los no creyentes. En esto se debe distinguir y esta dimensión propia nuestra, aunque no exclusiva, debe hacerse respetar siempre por parte de los no-cristianos con los que colaboramos en la transformación del mundo. Importante es la dimensión social de la fe, pero el cristiano debe guardarse bien de que lo social oscurezca o anule en nosotros la perspectiva de un Dios que nos ha ofrecido entrar en comunión de vida con él, porque entonces caeríamos, por otros caminos y en otras circunstancias, en el mismo defecto que criticaba el santo <sup>49</sup>.

3. San Juan de la Cruz quiere una fe llena de obras. No sólo a nivel íntimo, sino también a nivel social. Pero existe un tercer elemento también muy importante y puesto de relieve hoy en esta dialéctica entre fe y praxis <sup>50</sup>. Es la dimensión de gratuidad que debe marcar toda la existencia cristiana. Como ya he indicado arriba, y se puede comprobar sólo pulsando todas las ocasio-

<sup>48</sup> Muchas de estas cosas el santo las aplica al camino espiritual o teologal interior, porque era lo que más estaba en el aire en su tiempo; pero el principio de no atascarse e ir siempre más allá de la materialidad de las obras, es válido para cualquier tipo de existencia cristiana.

<sup>49</sup> A este respecto cf. también la introducción que hace en 3S. 16,1 al tema de la purificación de la voluntad.

<sup>50</sup> Cf. J. L. L. ARANGUREN, *Cambios culturales...*, pp. 173-176; H. COX, *Las fiestas...*, pp. 117-137; J. MOLTSMANN, *Sobre la libertad, la alegría y el juego, Los primeros libertos de la creación*, Salamanca, Sígueme, 1972; F. URBINA, en su artículo *Movimientos...*, pp. 366-376, ya hace notar la posible coincidencia de este elemento, la gratuidad, en Juan de la Cruz y ciertas corrientes actuales.

nes en que el santo usa las palabras “obras” y “obrar”, éste es enemiguísimo de las personas que se lían a hacer cosas sin una dimensión de amor, de relación personal, que da un tono de gratuidad a todos nuestros actos. Esto explica a mi parecer el conocido paso de *Cántico* B, 29, 1-8 en que, a la vez que condena el “activismo” (= actividad sin gratuidad, y debemos tener en cuenta que se trata del activismo de su época, que tenía un cierto carácter religioso), hace una defensa del valor que encierra para la humanidad también una vida que exteriormente parezca ineficaz e incontabilizable. Así nos dice, por ejemplo, que “es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este amor puro y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas obras juntas” (C. B., 29, 2).

Para mí, los párrafos antes indicados de *Cántico* (C. B., 29, 1-8) son una defensa de la dimensión de gratuidad que nunca debe faltar en la humanidad ni en la Iglesia. El santo, al hacer estas afirmaciones, tiene presente la visión neotestamentaria del cuerpo místico, por la cual todos tienen un puesto en el cuerpo y desempeñan una función, aunque no todas ellas sean igualmente visibles.

Y esta dimensión de gratuidad no sólo la ve como algo esencial para el cristiano y positivo para la humanidad, sino que llega a ponernos al mismo Jesús en su misterio de redención como modelo de la misma. Comentando la aniquilación a la que Cristo fue reducido en la cruz y citando la exclamación ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? (Mt. 27, 46) nos dice así:

“Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida; y así, en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más anihilado en todo, conviene a saber: acerca de la reputación de los hombres, como lo veían morir, antes hacían burla dél que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella se anihilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó porque puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios, quedando así anihilado y resuelto así cómo en nada” (2S. 7, 11).

Es un misterio de la fe. A este punto me parece un interesante comentario que nos enlaza con la Biblia las palabras de W. Kasper:

“El Dios bíblico no está siempre con los ejércitos más fuertes y con los que hacen el futuro. Es también, y precisamente el Dios de los que han perdido, de los que no han llegado, de los pequeños, de aquellos que son tan pobres y débiles que no hacen ninguna revolución, ni contribuyen en nada, porque no pueden, al progreso de la sociedad. De ahí, que si Dios promete futuro, precisamente, a estos repudiados, éste tendrá que ser un futuro que no se identifique con aquel que consista únicamente en la prolongación de las potencias y latencias situadas ya en la realidad. El Dios que fundamenta el futuro en la cruz, promete esperanza contra toda esperanza (Rom. 4, 18). Precisamente por el hecho de abolir la ingratuidad de nuestra planificación del futuro, toda ella orientada a las “obras” y a la eficacia, se muestra como Dios de los hombres y como Dios de un futuro humano, en el que nos es permitido confiar aun contra toda esperanza en un sentido. El futuro de Dios, que confiesa la fe cristiana, no es, pues, sólo un futuro de abajo (futurum), sino futuro en el sentido originario del término (adventus), es decir, un futuro que se sustrae a toda planificabilidad humana y que nos sobreviene como algo originario e inderivable”<sup>51</sup>.

Los neomísticos deben tener en cuenta de los neomilitantes el deseo de que la fe tenga una dimensión vital concreta y hasta sociopolítica. Pero los segundos deben aprender de los primeros la dimensión de gratuidad, que debe permear toda vida cristiana. No deben, pues, olvidar los neomilitantes que invocan al potente Dios bíblico, que éste realiza sus obras más allá de nuestra fuerza, en la gratuidad y en la debilidad. Hay que hacer, pero no hay que confiar sólo en lo que nosotros hacemos. Si en épocas pasadas se dejaba quizá demasiadas cosas a Dios, hoy no tenemos que caer en el extremo opuesto. Autores nada sospechosos de ser intimistas, como un Moltmann o un González Faus, nos confirman de que una de las aportaciones más importantes del cristiano a la transformación del mundo es vivir, siempre dentro de esta lucha y esta fe concreta, la dimensión de gratuidad, que nos libra de las tentaciones de “autoendurecimiento”, “autoengreimiento” y nos da una cierta “salud mental”<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> W. KASPER, *Introducción a la fe*, Salamanca, Sígueme, 1976, p. 45. Véase también la nota núm. 7 en la misma página.

<sup>52</sup> Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *¿Socialismo...*, pp. 447-448; J. MOLTSMANN: «... con frecuencia, los revolucionarios se parecen a los viejos puritanos, que se toman a sí mismo «terriblemente en serio» y que han olvidado el reirse de su propia figura. Todo esto es comprensible y a veces inevitable. Pero de los cristianos, que creen en la presencia de Dios en medio de la revolución, yo esperarí que riesen, cantasen y bailasen como los primeros liberados de la creación... A los ciudadanos del viejo mundo esto les parecería una locura. A los puritanos de la nueva sociedad un escándalo. Pero yo pienso que los movimientos revolucionarios pueden ser redi-

San Juan de la Cruz nos hace una propuesta de vida que es tanto fe concreta como gratuidad. O mejor, fe concreta vivida en la gratuidad. A esta luz creo que hoy podemos entender mejor la *experiencia de la noche*, válida no sólo para los neomilitantes, que parece tienen más peligro de olvidar la dimensión de gratuidad, sino también para los neomísticos. San Juan de la Cruz, como se sabe, aplica su "noche oscura" más bien a estos últimos, pero de por sí es una experiencia tan universal en su aplicación como la misma vida cristiana. Con S. Galilea creo que sólo a través de esta experiencia el hombre se libera de la tentación del utilitarismo y eficientismo, y es capaz de apreciar esa dimensión, para que la vida sea de verdad humana, como es la gratuidad, el amor, la fiesta. Sólo esta experiencia de pobreza suma que es la noche nos puede hacer comprender lo que es lo gratuito, el don de Dios, la fiesta. Y como a esta realidad tiene que llegar todo aquel que se quiera decir cristiano, sea místico sea militante, Juan de la Cruz señala para todos el camino de la NOCHE<sup>53</sup>.

midos así de la coacción de la ley y de las buenas obras... Donde este espíritu de libertad —libertad que no es sólo de los poderosos y explotadores, sino también de sí mismo—, donde este espíritu festivo, alegre y risueño se extienda, allí se realiza también la revolución en la revolución, la redención de la revolución de sus formas» (*Dios...*, o. c., pp. 192-194).

<sup>53</sup> Cf. S. GALILEA, *La liberación...*, pp. 320-322, en que defiende la necesidad de una cierta noche para todos y de una experiencia que nos lleve a todos a la dimensión de gratuidad. También es interesante en este sentido la comparación que nos transcribe E. CARDENAL en su libro *La santidad...*, pp. 65-66. Esta tiene un cierto parecido con las líneas generales del pensamiento sanjuanista, pero aplicado a nivel social. Cf. *Concordancias: Fiesta y Recreación*. S. GALILEA, *Espiritualidad liberadora de San Juan de la Cruz*, en *Vida espiritual*, n. 54 (1977) 82-87.